

JOVEN ¿QUÉ VAS A HACER CON TU VIDA?

CUARTA PARTE



*...a la tarde te
examinarán en el amor*

DIOS NO SE CANSA DE LLAMAR

También hoy Dios nos llama. Lo hace a través del Espíritu Santo y de la comunidad cristiana. Este llamado es una verdadera vuelta al Padre, un convertirse a su persona para preguntarle el plan sobre nuestra vida. Este retorno al Padre nos lleva inmediatamente a seguir a Jesús, a colocar nuestros pies en sus huellas.



Hay diversas maneras de seguirlo. Para la gran mayoría será a través de la vida matrimonial, la construcción de una familia y la generación de la vida física. El hogar es el semillero de la vocación de ser hijos de Dios, ya que los padres de familia son co-creadores de la vida, instrumentos del Dios creador. A otras personas, Dios las convoca a seguir a Jesús de una manera diferente: los elige para un camino menos usual: la vida Consagrada o el sacerdocio. Estos son “propiedad exclusiva” de Dios, entran a su servicio y al servicio de la comunidad cristiana.

Sacerdotes y personas consagradas son aquellas que, por un llamado particular, se donan indivisiblemente, es decir, indisoluble y radicalmente al Reino de Dios y a Dios mismo. Ellos renuncian al matrimonio, permanecen célibes pero por amor a Dios y a los hermanos. En este pequeño escrito

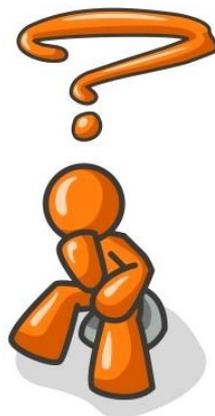
hablaremos de esta vocación, la vocación a la vida consagrada y vida sacerdotal.

Hay también cristianos que, sin ingresar a una comunidad especial, sienten el llamado a regalar su vida a Dios y a la Iglesia en forma análoga a los sacerdotes y religiosos, pero totalmente en el mundo. De esa vocación también se trata en estas páginas.

La vocación al matrimonio es la más frecuente. Es una vocación general. La consagración del célibe a Dios y a la comunidad es menos frecuente. Ella despierta muchas preguntas en aquellos jóvenes que desearían definir su camino. La pregunta básica que suele formularse es: ¿Cómo puedo saber si Dios me llama a ser sacerdote o a la vida consagrada? yo estoy dispuesto a hacer lo que El pide de mí, ¿Cómo puedo saber si tengo o no vocación?

Intentaremos dar respuestas a esta pregunta. No nos detendremos en consideraciones teológicas, sino más bien en caminos pedagógicos que nos ayuden a discernir cuándo Dios nos llama a su servicio.

EL



CUESTIONAMIENTO BÁSICO

Cuando Jesús transitaba los caminos de esta tierra, los hombres podían consultar sobre la vocación. Era más fácil. Jesús podía decir a los suyos “Sígueme”. Ellos, sus apóstoles y discípulos, escuchaban directamente de sus propios labios el deseo del Señor. Era imposible, pues, equivocarse.

Cuando Jesús partió al Padre, se complicó la búsqueda. Jesús sigue en medio nuestro, pero en forma invisible o por lo menos no físicamente como sus fieles lo habían experimentado. El no nos habla hoy como lo hacía hace dos mil años. Las sugerencias y pedidos de mis padres y amigos me llegan, por ejemplo, en forma distinta a las sugerencias y exigencias de Dios. Y no obstante es fundamental saber qué quiere él de nosotros. Jesús es quien llama.



Nuestra experiencia problematiza y vuelve a cuestionar. Hemos conocido jóvenes, quizá muy

amigos, que se han equivocado, es decir, abandonaron la idea en los años de formación: pensaban que estaban llamados, hablaban de una vocación sincera... hasta que un día comenzaron a dudar de ese llamado. Después de un tiempo llegaron a la conclusión que Dios no los había escogido para el sacerdocio o la vida consagrada. En unos casos, fueron los superiores de las comunidades o del seminario, quienes les hablaron, muchas veces con inmenso dolor de corazón: “esto no es para ti, tú no estás hecho para este estilo de vida... vuelve a tu familia” esta es una razón por la cual muchos se sienten inseguros.

Tienen temor a equivocarse. No quieren jugarse una carta falsa, que podía costarles tiempo y fuerzas. También ellos desearían servir lo mejor posible a Dios y a los hermanos. Pero les cuesta superar la dificultad de no saber, a ciencia cierta, si están llamados o no. Y permanecen por años en esa indecisión, sin tomar una decisión clara y libre sobre su futura vida, matrimonial o consagrada. Por eso urge dar una respuesta a este cuestionamiento básico.

DOS VOCES

Es cierto que Jesús ha partido, pero no nos ha abandonado. No hay cuestionamiento que no podamos responder, si tenemos espíritu de fe. Jesús volvió al Padre y no lo volveremos a ver en su gloria. Pero para continuar enviado a su Testigo: el Espíritu



hasta que retorne su obra, nos ha Santo, que actúa en nosotros y nos aclara su querer. Al mismo tiempo, nos ha dejado a sus apóstoles, portadores oficiales de su enseñanza y

que tienen la tarea de conducirnos y mostrarnos más claramente el camino que él trazó para los hombres.

Es por eso que, cuando deseamos conocer la voluntad de Dios sobre nosotros, deberíamos, en primer lugar, escuchar la voz del Espíritu Santo que habla en el fondo del corazón, y luego, lo que nos dicen los responsables de la Iglesia, que nos confirman o rectifican nuestra percepción de la voz interior del Espíritu.

Os
transmití
lo
que
a mi vez
recibí.

(1 Cor 15, 3)



En los Hechos de los apóstoles leemos un pasaje interesante que nos dará la pauta para solucionar nuestros problemas: **“Os enviamos a Judas y Silas, quienes os expondrán, de viva voz, lo que el ESPIRITU SANTO y nosotros mismos hemos decidido”** (Hch 15, 27-28)

Y todos los cristianos reconocieron en esta decisión compartida por el Espíritu Santo y los apóstoles, la expresión de la voluntad de Dios.

Esta es la manera cómo nosotros podemos, también hoy, conocer si Dios nos llama a una consagración. La elección de Dios se expresa a través de dos voces, de dos mensajes: la voz interior, aquella que viene del Espíritu Santo y que nos habla en el fondo del corazón, y la voz exterior, aquella de los responsables de la Iglesia, que nos orientan en el nombre de Jesús.

Estas dos voces son necesarias, si queremos confirmar la vocación sacerdotal o la vida consagrada. Sin la aprobación de los responsables de la Iglesia sería imprudente asegurar que estamos llamados para este camino. Y, a su vez, los

responsables de la Iglesia no podrían elegir a alguien para el sacerdocio o aceptarlo para la consagración religiosa, que no haya percibido antes el llamado interior del Espíritu.

**Por eso ambas realidades
se complementan y exigen.**

LA VOZ INTERIOR... LA ATRACCIÓN

Conocer la vocación significa tratar de percibir el plan que Dios tiene con mi vida, en el contexto del plan de salvación que él tiene para todos los hombres.



Dios nos suele hablar por la voz interior del Espíritu en nuestra alma, por las voces o signos de los tiempos y por la estructura de ser de toda la creación, que lleva

impresa en ella el querer del creador.

El llamado interior de seguir a Jesús puede reconocerse por muchas señales. La primera de ellas es la ATRACCIÓN, un cierto gusto por ese género de vida, el que llevó Jesús: predicar, ayudar a los hombres y mujeres a encontrarse con el Padre, trabajar por un mayor amor, por la reconciliación, por devolver al hombre la paz interior y hablarle de la misericordia de Dios.

Pero vayamos con cuidado: una admiración, un entusiasmo no es una atracción. Por ejemplo, yo puedo admirar la soledad de los monjes eremitas, la santidad de las monjas de clausura, la abnegación de una hermana religiosa, hablar convencido de la importancia de los sacerdotes, etc., pero sentir al mismo tiempo “esto no es para mí...si yo intentara ser como ellos, creo que no aguantaría... la vida que ellos llevan es ejemplar, su misión excelente, pero yo no estoy hecho para eso...” En este caso hay admiración más no atracción.

Por el contrario, si me dijera: “este camino es difícil y arriesgado pero siento que estoy hecho para él; esta vida corresponde a mis deseos más íntimos..., tengo la intuición que siguiéndolo me realizaré y cumpliré mi tarea en el mundo”, entonces, es probable que tenga vocación.

Cuando las facultades fundamentales del hombre inteligencia, voluntad y sentimiento, se sienten atraídas hacia el sacerdocio o la vida consagrada, hay indicios de vocación. Según el tipo de la persona, la atracción comenzará por una u otra facultad.

La vocación debería presentarse entonces, no solo como importante y verdadera, sino como apetecible para mí.

Pero esta atracción no es suficiente. Ella puede venir de mi imaginación, de las falsas informaciones, de mi fantasía o de

otras motivaciones, pero no de Dios. Cuando ella viene de arriba, se reconoce por otros signos ilustrativos que pasamos a mencionar a continuación.

UNA ATRACCIÓN QUE NO DESAPARECE TAN DE PRISA



Para constatar si la atracción viene de Dios es necesario dejarle tiempo al a tiempo. Aquellos entusiasmos pasajeros que sólo duran un día, no son los de la vocación auténtica. Por lo general, la acción del Espíritu no es violenta, sino que la podemos comparar con la llovizna: imperceptible, pero penetrante.

El nuevo testamento nos narra una historia maravillosa: la de los tres reyes magos. Ellos se ponen en camino hacia Belén, guiados por la estrella, por un momento esta desaparece; pero los magos no se desaniman. Persisten en su objetivo y continúan el camino. Más adelante la estrella reaparecerá y los magos experimentarán una gran alegría: la confirmación de que estaban en el verdadero camino.

Lo mismo puede suceder, análogamente, con la vocación. Si ella es fruto del Espíritu Santo, la atracción de la cual hablábamos, perdurará. Vendrán momentos de oscuridad, períodos donde no se vea claro, incluso ciertas noches del alma. Pero también habrá otras horas- quizá en recogimiento,

en la oración, en la participación de una Eucaristía en un día de renovación espiritual- donde la atracción volverá. Y se encontrará la calma, la paz... se seguirá la ruta, con ritmo regular y andar sereno. Como cuando sale el sol después de la tormenta.

Dios puede permitir que los momentos de oscuridad sean largos. Si a pesar de todo, las nubes son superadas por el sol, si vuelvo a experimentar la alegría, la paz, si escucho en el corazón nuevamente la voz del Señor que me convoca siempre a seguir, entonces, significa que mi vocación es verdadera. Si no fuese así, debería preguntarme si Dios realmente me ha llamado.

EL MIEDO, UNA REALIDAD SUPERABLE



“Óyeme, Señor! Yo no he sido nunca hombre de palabra fácil, ni aún después de haber hablado tú con tu siervo; sino que soy torpe de boca y de lengua... te ruego enmiendes a otro esta misión” (Ex 4,10-13)

Una verdadera vocación no está en contradicción con el sentimiento primero de la incapacidad y de miedo. Suele darse que seminaristas experimentan, en las vísperas de su ordenación grandes miedos. Miedo al trabajo que tendrá que realizar como sacerdote, a la gente que tendrán que acompañar, etc. Esta duda es, en muchos casos, la prueba de que se enfrentan seriamente a las exigencias de la vida sacerdotal.

Por el contrario, un futuro sacerdote o consagrado que nunca sintió temor frente al futuro, puede despertar sospechas de ser superficial o ingenuo. Los motivos de duda, su duración y complejidad, pueden variar. Pero ¿Cómo no haber sentido nunca miedo ante el desafío de una vida totalmente consagrada a Dios y al prójimo, con toda la renuncia que esto implica y con todos los condicionamientos que encierra?

Hay miedos sanos: la conciencia de pequeñez individual y riesgo. La huida y la indecisión son algo insano. Cuando un viajero sube por primera vez a un avión siente miedo. Pero no por eso renunciará a la aventura de volar. Además, él sabe que el avión es el medio más rápido (quizá el único posible) para llevarlo al lugar donde tiene que ir.

Los miedos que podemos sentir ante una vocación difícil están muchas veces en el campo de la sensibilidad y la imaginación. Dios viene en ayuda de nuestro corazón y nos brinda la confianza que nos falta. Así crece nuestro espíritu de hijos y seguimos adelante con la valentía de Dios que siempre triunfa sobre nuestros miedos y nuestros temores.

UN BUEN SIGNO: LA PAZ



LA PAZ ES FRUTO DEL Espíritu Santo, la da a quienes se dejan conducir por El.

Debemos distinguir la verdadera paz, por ejemplo:

José María es un joven estudiante de medicina. En su corazón siente sin embargo la atracción al sacerdocio, sin que por ello le dé un sí a la posibilidad de estar llamado realmente. Cada vez que José María piensa en su futuro se siente inquieto, a veces triste, sin paz. En los últimos tiempos, la pregunta vocacional es tan aguda que le impide la concentración en sus estudios de medicina: se ha ido volviendo una idea perturbadora, las dudas siguen.

Un día impulsado por el Espíritu Santo, que se manifiesta como una fuerza interior, decide dar el paso y responder positivamente al llamado. Desde ese instante le invade una paz muy grande. José María se siente pleno. La luz ha disipado la oscuridad y las nubes. Puede ser que aun persistan algunas preguntas, pero que no le angustian ni preocupan: luego las resolverá con la misma calma que ahora le rodea.

Pues bien esta paz y esta fuerza interior de José María son signos de una verdadera vocación.

María Julia, estudiante de último año de enseñanza media, siente una atracción, que ella llama irresistible, por la vida religiosa. Desea abandonar el mundo e ingresar a un monasterio para dedicar su vida a la contemplación de Dios, a la Oración. Mientras María Julia sueña con este porvenir maravilloso, se le ve nerviosa, no puede dormir bien, abandona su vida normal y se vuelve superficial en sus tareas. Sus declaraciones se contradicen con la vida práctica. Se dice feliz, pero, en lo íntimo de su corazón, está insatisfecha.

Conversando un día con su director espiritual, éste le hace ver que tales signos son sospechosos y que puede ser que Dios le esté hablando claramente con estas contradicciones.

María Julia entenderá esta sugerencia y reconocerá que su pretendida vocación, en realidad, no existe. El mismo día en que ella acepta no estar llamada, comenzará a recobrar la paz.

María Julia tenía un gran entusiasmo, pero ese sentimiento no venía de Dios. Por eso, la paz que nos trae la decisión es un buen signo vocacional.

ANALIZAR LOS MOTIVOS

Una vez que reconocemos la atracción interior deberíamos preguntarnos por las razones, los “por qué” de esta inquietud:



- ✓ Federico quiere ser sacerdote y quiere serlo porque le gustaría jugar un papel especial en la sociedad, tener influencia y dominio.
- ✓ Ana desea consagrarse a Dios, vivir la virginidad, pero en realidad es porque le teme a los sinsabores de la vida matrimonial.
- ✓ Ignacio ha pedido ser admitido en una comunidad de hermanos, piensa que será el medio más apto para ir a Europa y doctorarse.
- ✓ Margarita entrará al monasterio el año que viene, se siente feliz de poder salir de la miseria económica en que vive su familia...

¿Qué pensaremos de estas motivaciones?



Se nos presentan como poco serias. Federico es ambicioso, Ana evade responsabilidades, Ignacio busca intereses personales, Margarita es egoísta y quiere una vida fácil... motivos así no están sugeridos en el Evangelio y no pueden porvenir, por tanto, de una inspiración verdadera del Espíritu Santo.

Una motivación que lleve a pensar en forma demasiado terrena, tarde que temprano terminará en el fracaso. Dios, puede sin embargo, valerse de ellos y producir –lenta o violentamente- una conversión del corazón, es decir, una vuelta a motivos más fundamentales. Pero si éstos no captan el consciente y subconsciente de la persona, tarde que temprano aparecerán las desilusiones y capitulaciones.

Cuando Dios llama a un joven o a una joven a seguir a Cristo más radicalmente, le inspira al mismo tiempo la atracción verdadera. Esto se denomina globalmente “recta intención”

LA RECTA INTENCION



Todas las motivaciones que son inspiradas por la vida y enseñanza de Jesús son “intenciones rectas”: la voluntad y el deseo de servir a los hombres, de hacer penitencia, de trabajar por la liberación integral del hombre, de recorrer a los pobres, de celebrar el sacramento de la reconciliación, de donarse al Señor en el amor, santificar la vida cotidiana, glorificar a Dios... si tenemos estas intenciones u otras semejantes, podemos hablar de que la atracción sentida viene de Dios.

La vida de los Santos es una buena ilustración. Los apóstoles y los primeros seguidores de Jesús; los mártires que dieron su vida por el Señor y por proclamar el evangelio. Por ejemplo:

San Benito, fundador del monacato occidental, afirma que a su comunidad sólo deberían ingresar aquellos que quieran dedicarse a la alabanza y a la plegaria. “Ora et Labora” rebaza su consigna, reza y trabaja.

San Francisco de Asís abandonará la vida fácil u burguesa para seguir las huellas de Jesús pobre y vivir la regla fundamental del Evangelio.

Ignacio de Loyola pondrá todas sus fuerzas al servicio del Reino para la mayor gloria de Dios.

Francisco Javier, partirá a India, Japón y China para predicar el Evangelio.

San Juan Bosco se hará sacerdote para educar a la juventud.

Santa Teresita de Lisieux entrará al Carmelo para “salvar almas y rezar por los sacerdotes”

Si se cortejan estas intenciones con otras menos verdaderas, podrían preguntarse algunos. “yo deseo consagrar mi vida a Dios; creo que tengo una intención noble, recta. Pero, además, lo quiero hacer porque quiero ser feliz y realizarme a mí mismo en la vida. ¿son estas intenciones compatibles con las otras? Debemos responder: ¡Claro que sí! La condición es que se busque la felicidad y la realización de vida que nos da Jesús: olvido de sí mismo, donación al hermano, conversión en y para el amor. Esas son las bienaventuranzas (Mt 5,3-12) y quien intenta vivirlas experimentará la alegría, la paz, la felicidad, la visión de Dios... los santos nos enseñan que la felicidad es el fruto de haber intentado amar a Dios y a los hermanos. Sólo así, nos dicen, se puede ser “verdaderamente” feliz.

¿Para qué sirve la vida si no

es para darla?

¿QUÉ PUEDES HACER EN LA VIDA?

Un gran novelista del siglo XX comienza su obra, El Castillo, con la descripción de un hombre que se acerca a la mencionada feudo para que alguno de sus moradores le indique la misión que debe realizar en el mundo. En vano, el hombre gasta su vida en esta inútil averiguación, nadie la responde desde dentro.



Esta es la verdadera situación o condición humana. La vocación

personal es algo tan serio e individual que nadie mejor que cada uno puede saber que quiero y qué valores voy a añadir a mi profesión. En definitiva, soy yo quien debe elegir qué y cómo ser y vivir.

Si la vocación se entiende no sólo como la profesión sino como el espíritu que debe animar a esa profesión y a todas las manifestaciones de la vida es evidente que ni el profesor, ni el orientador, ni los padres podrán decidir por ti.

Se trata de una elección, de una opción de vida personal. Aquí radica el que la vocación se convierta en problema, en dolor y estímulo, o remordimiento. Entendida así no es problema de visión, de entendimiento, sino de voluntad, de coraje, libertad y entrega generosa.

Pero frecuentemente se plantea mal la vocación del joven que aspira a participar en responsabilidades profesionales. Se oyen preguntas como ésta: ¿Qué exige Colombia de nuestros jóvenes? No estaría mejor preguntar ¿Qué exigen nuestros jóvenes a Colombia? Es decir, cómo quieren que sea? ¿Qué estructuras faltan? ¿Qué hay que derribar o instaurar?

Tu elección, esa gran y definitiva postura vital, fruto de pequeñas y continuadas elecciones diarias, debería tener en cuenta esta orientación. Quizá la elección debe ser: la contestación, el rechazo, la crítica que llevará a otra nueva sociedad, a fórmulas de convivencia más humanas, menos tensas, menos competitivas y absolutistas.

Los/las jóvenes tienen derecho a construir la sociedad que les corresponda no la que heredan. Por eso debemos preguntarles ¿Qué cambios exigen a la sociedad o en qué tipo de sociedad quieren vivir? Para la juventud no es ciertamente, muy optimista el panorama laboral, familiar, cultural, científico, etc. No existen en nuestra sociedad mecanismos o estímulos de orientación fácilmente asequibles. Existe un alarmante desprecio por las carreras y oficios técnico manuales y las profesiones intermedias que no suelen llevar adelante el clasista "Doctor". Quien las sigue se auto condena a ser considerado ciudadano de segunda categoría.

El ejemplo de los mayores no es aleccionador: ganar más, desempeñar las funciones y profesiones sin seriedad, competencia, ni responsabilidad, infidelidad en el hogar, sobornos en los negocios, espíritu consumista, anemia cultural... el resultado es que los jóvenes ricos, demasiados contemplados y consentidos, pasan la juventud sin ejercitarse en el cumplimiento de responsabilidades serias que impliquen riesgo y exijan coraje. Por eso es fácil que ingresen luego al

mercado de los profesionales materiales de alimentación, vivienda y ajuar...

El joven que quiera ser fuera de serie necesitará enormes dosis de valor y una inefable capacidad para encajar y asimilar golpes. Porque los valores que la sociedad inculca son: estudiar para ganar, tener para gozar – la vida es una competencia-dentro de un espíritu de egoísmo capitalista y filosofía liberal. Todo esto favorece a que la juventud sea una etapa agresiva, desafía a los padres, a la autoridad y tome poses que para los adultos rayen con la delincuencia. La otra postura será recluirse sobre si mismos, aislarse, desentenderse de la sociedad y de los valores que la articulan y sustentan.

Muchos jóvenes por la pobreza o por no llegar a ese mismo nivel necesario para poder elegir o seguir su vocación, se quedan en lo que la suerte, la ocasión y la sociedad les permite.

Si eres mujer...

Si eres mujer la cosa se te va a poner más difícil. Por de pronto no te va a resultar nada fácil independizarte de las estructuras machistas que predominan aún hoy, a pesar de que actualmente las mujeres ocupan puestos ejecutivos y pueden aspirar, de hecho, a las mujeres profesiones y servicios que el hombre, aunque en definitiva las decisiones y el dinero tienen sexo masculino.



La realidad es que si eres joven y bonita, la sociedad te ofrecerá reinados de belleza con el cebo de que podrás pasear por el mundo en nombre de tu país. ¿Has pensado a que precio? Podrás vestirme siempre con ropa de boutique, adornarte con joyas, aparecer en bikini en las portadas de revistas comerciales para que hombres inmaduros devores tu cuerpo en sus sueños. Todo el país sabrá tus medidas (90-60-90) ¡que honor! Y tú te creerás todas las jaulaciones!, que durarán mientras consentas ser el juguete de sus instintos o de su cámara fotográfica.

Podrás optar por una vida cuyos ideales sean: guardar la línea, vestir a la moda, casarte como medio de adquirir status o apellido... sin reflexionar sobre qué tipo de matrimonio deseas formar, cuántos hijos podrás amar y educar...

Facilismo y mediocridad!!!



Muchos jóvenes se encuentran en la disyuntiva de tener que enfrentarse a la vida de sus padres, otros enfrentar actitudes sumisas propias del subdesarrollo de sus familias, otros combatir la corrupción del dinero egoísta y fácil, otros corren el peligro

de vivir en solitario porque nuestra sociedad rechaza a los que pretenden cambiar las leyes de la sociedad. Es más fácil dejarse llevar por las ofertas de un camino que exalta el éxito

económico y sexual como meta de la más alta realización humana.

En todo joven, si es joven, vibra una secreta y profunda ambición de nobleza y sacrificio. ¡Maldita sociedad que mata este espíritu con chantajes y sobornos! Porque una juventud sin compromiso con algo, sin entusiasmo, sin participación en algo, sin sentimiento de que es llamado a una tarea, a una misión que intente mejorar la sociedad, vivirá frustrado y triste, sin una razón para vivir en vez de morir.

Frente a este panorama hay algunos jóvenes que se rebelan a lo loco irracionalmente, sin estrategia. Se convierten en verdaderos francotiradores del mundo paterno. Pero sucede que es muy fácil, cómodo e infecundo escupir su burguesía a los adultos cuando uno no tiene aún ningún botín ganado no siquiera una profesión. Es muy fácil ser idealista y entusiasta cuando está próximo a elegir carrera, compañero, novia o ubicación en la vida. Es muy fácil el riesgo y la aventura antes de haber probado cuánto cuesta curar después las heridas de un mal paso, de una guerra, de un fracaso profesional o moral.

**¿No se qué...
Ni cómo,
Ni cuándo,
Ni dónde...
Pero algo me
falta?**



¿Cuál es tu VOCACIÓN?



Y ahora... ¿Por qué no decides inquirir sobre cuál es tu vocación? No se trata de una pregunta contestada enseguida por una respuesta. Generalmente la búsqueda de la vocación personal implica meses, años, implica un proceso que va superando poco a poco oscuridades, dudas, miedos.

Hasta que aparece la luz, es decir, la convicción de que la vida es más que el desempeño de una profesión, de que la vida es un misterio.

La elección de carrera, estado, conyugue, actitudes ante la religión, política, la honradez profesional, la apertura hacia los problemas sociales del país mediante una respuesta de servicio se incuban en un ambiente de misterio.

Son decisiones que no dependen exclusivamente de la libertad individual sino más bien de la formación, de los condicionamientos adquiridos desde la infancia en el hogar, de las presiones sociales provocadas por el medio ambiente que nos rodea. Este detalle es importante porque nuestra vocación estará determinada por estos elementos circunstanciales.

Por eso no podemos dejarnos llevar ni aceptar sin críticas los criterios que constituyen la filosofía de la sociedad de consumo. La felicidad, según ella, consistiría en consumir, en dejarse embriagar por los espectáculos que adormecen la

mente para evitar reacciones críticas, en beber, en fumar... la vida girará en torno a la discoteca, la taberna, las fiestas, la moto, los centros comerciales, etc. Lo importante es no pensar, no detenerse a analizar la vida, huir de sí mismo, llenarse de ruidos frenéticos y experiencias alienantes.

¿Qué buscas en la vida?

¿Quién eres? ¿Qué eres? ¿Cómo eres? ¿Qué piensas? ¿Qué quieres? ¿Qué amas? ¿Has observado alguna vez tu vida por dentro? ¿Te has parado alguna vez a analizar tus proyectos, tus fracasos, tus éxitos, tu vida? ¿Cuáles son tus miedos y amores? Escribe cómo eres, toma el pulso a tu vida y sé plenamente sincero. Describe: qué tipo de hombre – mujer quisieras ser mañana.

Hasta ahora hemos hablado del problema de la vocación en general. Ha llegado el momento de que tú y yo, de que todos y cada uno veamos en reflexión privada y sincera:



- a. Lo más importante y lo que más te inquieta en la situación actual es:
 - Desarrollar la personalidad
 - Tener dinero y prestigio

- Tener éxito en el noviazgo
 - Las injusticias sociales
 - Estudiar una carrera universitaria
 - Encontrar la vocación
 - Algunos problemas familiares
 - Encontrar un ejemplo
 - La violencia generalizada
- b. ¿Has elegido tú personalmente la carrera o profesión futura? ¿Qué dificultades encontraste o crees que hallarás?
- c. Si ya has decidido tu profesión, ¿Has pensado por qué y para qué la has escogido?
- d. Has pensado por qué y para qué vas a ser esposa y madre, esposo y padre? ¿Cómo te estás preparando?
- e. Has pensado por qué y para qué vas a ser sacerdote, religiosa? ¿Qué pasos estás dando como preparación a este camino?
- f. Si de momento no tienes claridad en tu futuro camino ¿Cómo estás enfrentando tu situación personal actual: en el sentido religioso, social, moral, político, en el sentido de urgencia a tu preocupación por las injusticias que oprimen?
- g. ¿Qué sentido social ves a la profesión que deseas? ¿Estarías dispuest@ a vivir y trabajar en uno de tantos barrios? ¿En un pueblo o vereda? ¿Por qué?
- h. Explica la diferencia que hay entre oficio, profesión y vocación.
- i. ¿Qué significa para ti, triunfar o tener éxito en la vida?
- j. De las siguientes frases elige una que más defina tu vida según la has experimentado hasta hoy:

1. No se puede hacer lo que se quiere sino lo que se puede
2. Es una bobada sacrificarse por alguien. Cada cual a lo suyo y ya tenemos bastante.
3. El mundo está lleno de egoísmo
4. He logrado los objetivos que me propuse
5. He vivido mi vida inconsciente
6. No he tenido valor para elegir, me he dejado llevar
7. He buscado ayuda para superarme pero no la he encontrado

